

Plural

Número especial de
Plural, Boletín de la
Asociación
Latinoamericana de
Antropología.
Julio 1997



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE
ANTROPOLOGÍA

DARCY RIBEIRO (1922-1997)

HOMENAJE



3. Teresa Rojas Rabiela
(CIESAS/ALA)
Darcy y un libro llamado *El pueblo brasileño*
7. Linda Manzanilla
(IIA-UNAM/SMA)
Darcy Ribeiro y el proceso civilizatorio
9. Miguel Alberto Bartolomé
(Centro INAH-Oaxaca)
En recuerdo de Darcy Ribeiro
11. Ricardo Melgar Bao
(ENAH/INAH)
En la memoria y futuro de las Américas: Darcy Ribeiro
13. Scott S. Robinson
(UNAM-Iztapalapa)
El tío Darcy
16. Virginia Milina
(CEAS, CIESAS)
Remembranza de Darcy a través de su obra
18. Alicia M. Barabas
(Centro INAH-Oaxaca)
Memorias de Darcy

Con motivo del fallecimiento del gran antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, la **Asociación Latinoamericana de Antropología**, junto con diversas asociaciones e instituciones mexicanas y latinoamericanas y la Embajada de Brasil en México, organizaron una Velada-Homenaje en su honor, el 6 de junio pasado en la sede del Instituto Indigenista Interamericano (México, D.F.).

En este Homenaje participaron destacados antropólogos que resaltaron diversos aspectos de la obra y la fructífera vida de Ribeiro.

La Asociación Latinoamericana de Antropología quiso recoger, en un número especial de su boletín *Plural*, los textos de las participaciones, con motivo de su Asamblea general ordinaria, a celebrarse en el marco del 49 Congreso Internacional de Americanistas, en la ciudad de Quito, Ecuador, el 10 de julio de 1997.

Las instituciones participantes en el Homenaje fueron, además de la Asociación Latinoamericana de Antropología, las siguientes: Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, Sociedad Mexicana de Antropología, Embajada de Brasil, Escuela Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Instituto Indigenista Interamericano, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Revista Archipiélago, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y Cuadernos Americanos.

DARCY Y UN LIBRO LLAMADO *EL PUEBLO BRASILEÑO*

Teresa Rojas Rabiela (CIESAS/ALA)

En 1995 salió la primera edición del libro **O povo brasileiro. A formação e o sentido do Brasil** (publicado en español con el título **Teoría del Brasil**, por la editorial Siglo Veintiuno), una obra que Darcy tardó más de 30 años en elaborar y publicar.

Fue hasta que, presionado por la angustia de la muerte, Darcy se fugó del hospital, y se fue a la playa Maricá y retomó el libro varias veces escrito, abandonado y vuelto a escribir. Sus amigos Mercio Gomes, Carlos Moreira y Gisele Jacón contribuyeron a que le pusiera punto final después de tanto tiempo.

En este libro encontré una narración hecha por el mismo Darcy que, como pocas otras, nos permite conocer tanto la visión de su propia obra como sus motivaciones profundas para escribirla. Su prefacio es una guía espléndida para penetrar en las inquietudes intelectuales y en los imperativos éticos que movieron al hombre que hoy recordamos, y para intentar escribir **una teoría general**.

Sin pretender abordar los pormenores de la teoría general que la obra nos propone (sería vano en tan breve espacio), quiero recoger la trayectoria de libro y autor, según su propia versión.

El recorrido empieza en los años cincuenta: después de una primera década de vida profesional entre diversas tribus del Amazonas y del Brasil central*, y de dirigir un amplio Programa de investigaciones socioantropológicas en el Ministerio de Educación y Cultura (División de Investigaciones Sociales), Darcy se propone realizar una síntesis de esos estudios, con la ambición de que fuera "un retrato de cuerpo entero de Brasil, en su forma rural y urbana, y en sus versiones arcaica y moderna..., en ... vísperas de una revolución social transformadora."

Pero el proyecto fue dejado por otras tareas, [entre ellas]: planear e implantar la Universidad de Brasilia (1961), de la que fue su primer rector; ser Ministro de Educación y Cultura y luego jefe del Gabinete Civil del presidente João Goulart, con la misión de concatenar el movimiento por las Reformas de Base.

Pero todo terminó en 1964: al derrocamiento de Goulart, sigue el exilio de sus colaboradores más destacados. Darcy va a Montevideo y allí

**Los Kadiwéu. Terena, Kaywá. Ofaié-Xavante, Bororó, Karajé, Urubús-Kaapor, Kaigáng, Xokláng y diversos grupos del área del Xingú (Meggers 1970:12).

dedica dos años al libro, echando mano de cuanto texto cae en sus manos, sobre Brasil y América Latina “gracias a la magnífica Biblioteca Municipal de Montevideo.” (1995:13)

No se propone ya una síntesis, sino “una versión resultante de mis vivencias en los trágicos acontecimientos del Brasil... Ese era el nervio que pulsaba debajo del texto, en busca de una respuesta histórica, científica, de la pregunta que nos hacíamos los derrotados por el golpe militar: ¿Porqué, una vez más nos vencía la clase dominante?” (*Ibid*: 13)

El sentimiento del antropólogo en el exilio era la carencia de una teoría general, fundada en nuestra experiencia histórica y cuya luz nos hiciera explicable en nuestros propios términos. Las teorizaciones oriundas de otros contextos le parecían eurocéntricas y por lo mismo impotentes para hacernos inteligibles. “La necesidad de una teoría del Brasil, que nos situase en la historia humana, me llevó a la osadía de proponer toda una teoría de la historia.” (*Ibid*: 13)

Escribió 400 “densas páginas”, pero su lectura autocrítica lo asustó: “no decía nada o decía poco que no estuviese dicho antes”. O peor, no respondía a las preguntas que se propuso.

El libro no se publicó y la que iba a ser la introducción teórica del mismo, se fue convirtiendo en otros libros.

Surgió así **El proceso civilizatorio** (1968), de cuya suerte Darcy comenta lo siguiente: “La osadía de escribir un libro tan ambicioso me costó el despecho de los enfermos de sentimientos de inferioridad, que no admiten a un intelectual brasileño el derecho de entrar en esos debates, tratando de materias tan complejas. Sufrí restricciones, también, de los comunistas, porque no era un libro marxista. Pero eso no hizo daño, porque acabó siendo más editado y más leído que cualquier otro libro reciente sobre el mismo tema.” (*Ibid*: 14)

Pero el **Proceso civilizatorio** no le bastó: “La explicación que ofrecía para 10 mil años de historia era demasiado general. Sus respuestas necesariamente genéricas...” Era “un discurso explicativo útil para fines teóricos y comparativos, pero insuficiente para dar cuenta de la causalidad de nuestra historia.” (*Ibid*: 14)

Los años pasaron y Darcy se propuso “reconstruir el proceso de **formación** de los pueblos americanos, en un esfuerzo por explicar las causas de su desarrollo desigual.” (*Ibid*: 15). Saltó así de la escala de los 10 mil años de historia general, a los 500 años de historia americana, en un segundo libro con la misma preocupación: **Las Américas y la civilización**, en el que propuso una tipología de los pueblos americanos, en la forma de una amplia explicación. (*Ibid*: 15)

El libro tuvo éxito, nos dice Darcy, pero fue más discutido por historiadores y filósofos que por antropólogos: “mis colegas tienen una

irresistible inclinación y un apego a toda conducta desviante y bizarra. Dedicar su parco talento a cuanto tema bizarro les cae en las manos, negándose siempre, atarantados, a usar sus fuerzas para entendernos, haciendo **antropología de la civilización**.” (*Ibid*: 15).

Aunque esta obra ayudó a “hacernos inteligibles”, fue insuficiente para las pretensiones de Darcy. Buscó entonces, en una nueva escala sincrónica, las teorías necesarias para comprendernos y arribar a un esquema menos eurocéntrico y tosco que los existentes. En primer término **una teoría de base empírica de las clases sociales**, tal como éstas se presentan en nuestro mundo brasileño y latinoamericano.

“Aquí, no habiendo burguesías progresistas disputando con aristocracias feudales, ni proletariados urgidos por irresistibles propensiones revolucionarias, pero sí lucha de clase y bloques antagónicos disfrazados”, la tarea era identificarlos y caracterizarlos. (*Ibid*: 15)

En segundo, “una **tipología de las formas de ejercicio del poder y de la militancia política**”, pues “hablar de liberales, conservadores, radicales, o de democracia y liberalismo, y hasta de revolución social y política, puede tener sentido de definición concreta en otros contextos, pero en el nuestro no significa nada: tal es la ambigüedad con que esas expresiones se aplican a los agentes más diferentes y a las orientaciones más inconexas.” (*Ibid*: 16)

En tercero “una **teoría de la cultura** capaz de dar cuenta de nuestra realidad”, “para comprender esa nuestra nueva versión del mundo y de nosotros mismos”. Porque ¿cómo establecer la forma y el papel de nuestra cultura erudita, trasplantada, regida por la moda europea, frente a la creatividad popular, que mezcla las tradiciones más dispares?

Para cumplimentar estas necesidades, Darcy escribió **El dilema de América Latina**, libro en el que propuso nuevos esquemas de las clases sociales y los desempeños políticos. (*Ibid*: 16)

En su siguiente obra de esta serie, **Los brasileños: teoría del Brasil**, Darcy resumió los cuerpos teóricos desarrollados en los tres libros anteriores (**El proceso civilizatorio**, **Las Américas y la civilización** y **El dilema de América Latina**), pero concentrándose en la teoría de la cultura.

Con un quinto libro, titulado **Los indios y la civilización**, Darcy completó lo que él llamó sus **estudios de Antropología de la civilización**, que comparten el mismo cuerpo teórico “fundado en el concepto de **transfiguración étnica**”, a saber: “el proceso a través del cual los pueblos surgen, se transforman y mueren.” (*Ibid*: 16-17)

Pero ¿qué del libro varias veces comenzado y que finalmente bautizó como **El pueblo brasileño. La formación y el sentido del Brasil** (1995)?

Según su propia percepción, fue necesaria la redacción de esas casi 2000 páginas de la quinteta, para sentar los fundamentos teóricos necesarios

para elaborarlo. En su exilio del Perú había intentado nuevamente escribirlo, pero el “vendaval de la vida” se lo impidió: un cáncer de pulmón, su retorno a Brasil, y el reactivamiento de las “candentes luces políticas que dormían en mí en los años de exilio.”

Ya apunté cómo la nueva “pulsación mortal” (la última), reavivó en Darcy la necesidad de concluirlo. Este libro, nos explica, “más que un texto antropológico explicativo, es, y quiere ser, un gesto mío en la nueva lucha por un Brasil decente.” (*Ibid*: 17)

El párrafo con el que nuestro autor cierra su Prefacio es una muestra fehaciente del **imperativo ético** que atraviesa toda su obra: la **fidelidad al trabajo científico** y el **hondo vínculo humano con Brasil**, su gente y en especial con los indios. El hilo conductor: el **proceso de transfiguración étnica**.

Dice el párrafo final:

“Además de antropólogo, soy hombre de fe y de partido. Hago política y hago ciencia movido por razones éticas y por un análisis imparcial. Este es un libro que quiere ser participante, que aspira a influir sobre las personas, que aspira a ayudar a Brasil a encontrarse a sí mismo.” (*Ibid*: 17)

Darcy se nos fue, como Guillermo Bonfil, antes. Ahorita estarán echando trago y discutiendo en algún lugar del cielo o del universo...

Tlalpan, D. F.

DARCY RIBEIRO Y EL PROCESO CIVILIZATORIO

Linda Manzanilla (IIA-UNAM/SMA)

La Sociedad Mexicana de Antropología, por mi conducto, participa en un merecido homenaje a un gran antropólogo, a un gran hombre. Como arqueóloga me referiré a la obra de Ribeiro referente a las sociedades del pasado.

Darcy Ribeiro propuso el concepto de proceso civilizatorio como una herramienta metodológica que permitía un enfoque conjunto en el que se destacaba la apreciación de los fenómenos de desarrollo progresivo de la cultura humana tendientes a homogeneizar configuraciones culturales. Pero también este concepto valora los factores de diferenciación de las culturas singulares, explicables como esfuerzos de adaptación a condiciones ecológicas e históricas específicas, pero también como producto de una creatividad propia, creatividad que presenta respuestas alternativas a los mismo estímulos básicos.

Darcy Ribeiro se preocupó de las sociedades del pasado. Reaccionó fuertemente contra la carencia de un esquema global actualizado que explicase las etapas de evolución sociocultural de la humanidad, esquema que permitiese situar a cualquier sociedad -pasada o presente- dentro de un *continuum* de desarrollo.

Las deformaciones que impedían esto tenían que ver con:

1. La tendencia a aplicar teorías de alcance medio a problemas que exigían enfoques más amplios.
2. La tendencia a reducir estadios de dinámica cultural al microanálisis.
3. El predominio de estudios funcionalistas que no permitían generalizaciones diacrónicas.
4. La falta de discusión directa de una teoría de evolución sociocultural, y la aplicación de la dinámica cultural en términos de causalidad.

Ribeiro entendía por evolución sociocultural el movimiento histórico de cambio de los modos de ser y de vivir de los grupos humanos, es decir, una serie de etapas evolutivas expresadas en una secuencia de formaciones socioculturales generadas por la acción de sucesivas revoluciones culturales y sus respectivos procesos civilizatorios, pero también la entendía como un movimiento dialéctico de progresiones y regresiones culturales, de actualizaciones históricas y de aceleraciones evolutivas, y en ésto se adelantaba a su tiempo. La evolución puntual de nuestros días, con tiempos acelerados y regresiones, tenía en Ribeiro un visionario.

Concebía a la formación sociocultural como una constelación particular de ciertos aspectos del modo de adaptación a la naturaleza, de ciertos atributos de su organización social y de ciertas calidades de cosmovisión, es decir, de la articulación de un sistema adaptativo, un sistema asociativo y un sistema ideológico.

Por evolución tecnológica se refería a ciertas transformaciones prodigiosas en la acción del hombre sobre la naturaleza o de la acción bélica, que incluían alteraciones cualitativas en el modo de ser de las sociedades. Las revoluciones agrícola, urbana, de regadío, metalúrgica, pastoril, mercantil, industrial y termonuclear matizaron el paso de los pueblos tribales a los estados rurales artesanales, a los imperios teocráticos de regadío, a los imperios mercantiles esclavistas, a las jefaturas pastoriles nómadas, a los imperios despóticos salvacionistas, y de ahí a las civilizaciones mundiales. Así pues, Ribeiro trató de ir más allá de los evolucionistas unilineales norteamericanos, y articular el multilinealismo con una visión materialista de la historia. En particular, la revolución urbana recibió un tratamiento diverso del propuesto por Gordon Childe, en que se le vía como un proceso que profundizó en las diferencias entre los modos de vida agrícola y pastoril, y que estimuló la creación de sociedades multiétnicas expansionistas.

Ribeiro, el visionario, no ha recibido una atención adecuada en el estudio de las sociedades del pasado. Quizá porque la atención estaba acaparada por quienes, desde Estados Unidos, escribían sobre ellas.

Sirva este homenaje para revitalizar su presencia, para que sus pasos no sean borrados por vientos fuertes, para que su memoria perdure, y que más allá de pensamientos apresurados, sujetos a modas pasajeras, impere la reflexión profunda del antropólogo comprometido.

EN RECUERDO DE DARCY RIBEIRO

Miguel Alberto Bartolomé (Centro INAH Oaxaca)

El nombre de Darcy Ribeiro pareciera invocar a muchas personas y no sólo a una. Para algunos fue un reconocido y tenaz político brasileño, para otros un destacado educador fundador de instituciones tales como la Universidad de Brasilia, no pocos recordarán en él a un original novelista: pero para mí, al igual que para otros muchos colegas, fue uno de los más distinguidos antropólogos de América Latina. Conocí a Darcy hace ya más de 25 años en la isla caribeña de Barbados: integrábamos un grupo de trabajo sobre relaciones interétnicas en América Latina, que adoptó el nombre de la isla en la cual nos reuníamos. En los últimos cinco años hemos perdido a dos de nuestros más queridos miembros, primero fue Guillermo Bonfil y ahora Darcy Ribeiro; sus nombres están reunidos no sólo por las obras en las que colaboramos todos los del Grupo de Barbados, sino también por el afecto que se profesaban mutuamente.

Ambos compartían rasgo poco común en la antropología latinoamericana: la capacidad del pensamiento original y autónomo, que no requería del constante amparo de los modelos referenciales provenientes de los países metropolitanos. Pero ésto no suponía una xenofobia nacionalista, propia de aquellos que ven amenazados sus pequeños feudos de conocimiento y buscan en la exclusión de los otros una endeble autoafirmación: por lo contrario, pocos como ellos abiertos a la relación con colegas de todo el mundo. Darcy amaba al Brasil, pero como a él le gustaba repetir, los uruguayos lo habían domesticado y enseñado a ser latinoamericano: supo, en ese sentido, sacar alguna ventaja del exilio después de vivir en países tales como Chile, Perú o Venezuela. Y por esa vocación latinoamericana, tanto Guillermo como Darcy tuvieron la audacia de ejercer la imaginación utópica; pensando, escribiendo y luchando por un mejor futuro para los pueblos indios de toda América Latina.

En forma contradictoria, aunque sus ensayos de historia social son conocidos en todo el mundo, la obra etnológica de Darcy ha tenido relativamente poca respuesta en la antropología mexicana. Cierta tradición provinciana, propia de todas las antropologías nacionales, hace que no se considere necesario leer sobre los grupos de la selva tropical sudamericana. Se supone que son realidades tan ajenas a las locales, que no servirían para iluminarlas: si siguiéramos a ultranza ese criterio ignoraríamos los trabajos claves de la antropología mundial realizados en Polinesia, Africa o Australia. Sin embargo sospecho que la razón es otra: tal vez no podamos aceptar que un antropólogo latinoamericano haya realizado trabajos sobre la mitología o el parentesco, que ya son clásicos de la literatura antropológica mundial;

solemos estar más dispuestos a reconocer las aportaciones de los colegas metropolitanos. Pero también es necesario mencionar que ha estado presente la descalificación política apresurada y gratuita, producto más del desconocimiento de otros contextos nacionales, que de propuestas coherentes. Darcy Ribeiro, al igual que todos los colegas de Barbados, ha sido calificado como etnicista o etnopolulista dentro de las pueriles tipologías acuñadas o aceptadas por antropólogos tan ideologizados como desinformados, y cuyas propuestas no resisten ni merecen una crítica formal.

Precisamente Darcy, un hombre que había realizado trabajo de campo durante 10 años con los pueblos de la selva, se indignaba contra los que él denominara “gigolos” del drama indígena. Contra aquellos portadores de apresurados discursos totalizadores, que han hecho de la tragedia indígena un modo de vida adecuado para sus carreras profesionales, sin haberse involucrado jamás, ni física ni existencialmente, con los pueblos objetos de sus intereses académico-políticos.

Quiero rescatar con estas observaciones la pasión y la furia de Darcy; no fue un hombre sumiso ni respetuoso, salvo de las causas que amaba. Y supo amarlas con pasión absoluta, como lo demostró al utilizar su cáncer como un caballo de Troya interno, para regresar al Brasil autoritario que lo había exiliado. La misma pasión de Darcy, le granjeó no pocas enemistades e incomprensiones: para no exponer su corazón a los cuervos solía recurrir a una aparente soberbia, que desorientaba tanto a sus interlocutores individuales como colectivos. Con esa supuesta arrogancia no pretendía sólo descalificar sino también motivar a sus ocasionales antagonistas; a su propia manera los invitaba a compartir una misma pasión, no sólo quería su comprensión sino también su cariño. Hace un par de años nuestro grupo se reunió nuevamente en Río de Janeiro y Darcy nos invitó a su casa. En una larga noche de caipirinhas y “espeto”, hablamos de nuestras respectivas actividades, pero lo que más motivaba a Darcy no eran sus realizaciones pasadas sino sus infinitos proyectos de futuro; hace pocos meses estaba diseñando un innovador sistema educativo. Ya no era un hombre joven pero la muerte no entraba en sus planes; seguía su plena aventura existencial cuando este año se cayó del caballo. La tierra lo llamó a sosiego, pero espero que su pasión siga viva, insuflando aliento vital a todas las causas por las que luchara.

San Felipe del Agua, Oaxaca

EN LA MEMORIA Y FUTURO DE LAS AMÉRICAS: DARCY RIBEIRO

Ricardo Melgar Bao (ENAH/INAH)

Iniciaré mis palabras interrogando lo obvio, acaso porque así imagino que le hubiera gustado a nuestro maestro, a nuestro antropólogo, a nuestro Darcy. ¿Por qué decir a Ribeiro desde este tiempo liminar que nos mueve pendularmente entre dos milenios, entre dos Américas, entre Occidente y el no Occidente? Apuntaré una posible respuesta: tengo la certidumbre que Ribeiro nos ayuda a transitar entre estos referentes encontrados y señalar con el dedo grande los riesgos que le toca librar a **Nuestra América**, más aún, sostengo que nos sigue acompañando en el develamiento de todas las diversidades y utopías deseables. Sin lugar a dudas, frente a la crisis del paradigma del Estado-Nación, se reactualiza la categorización darciana de pueblos testimonios, pueblos nuevos y pueblos trasplantados, pensando desde el tiempo largo tanto sus procesos de transfiguración étnica como la plasticidad de sus fronteras. Desde tal horizonte, nuestra lectura viene siendo permeada por el reconocimiento expansivo de los abanicos de las indianidades, negritudes y mestizajes, realmente existentes en nuestro continente.

Pero lo obvio, tiene también otro plano y otra entrada. Pregunto nuevamente: ¿Por qué decir a Darcy precisamente en una velada? Me refiero al espacio ritual urbano que se ha exhibido a lo largo de más de una centuria, como el escenario más crítico de nuestra modernidad periférica. Es posible que añejos anclajes culturales le otorguen muchos y más buenos sentidos a este oportuno homenaje crepuscularmente iluminado; apostemos a traducirlo en encuentro, es decir, en diálogo; también en espejos y presencias entre los muchos Ribeiro que hemos hecho nuestros.

Ribeiro en su sentido aunque fecundo exilio itinerante, pudo resituarse en el mundo y en las Américas al Brasil de sus pasiones antropológicas y políticas, pero también dar inicio a la descolonización de nuestro mirador académico sobre nuestra región-mundo. A fines de los setenta, nuestro Darcy documenta en su primera trilogía sobre la antropología de la civilización, la necesidad y posibilidad de avanzar a contracorriente de una antropología alienada, tanto por las modas teóricas de nuestros antropólogos afrancesados, britanizados o agringados, como por los excesos de los parroquialismos nacionalistas y populistas de nuestros antropólogos radicales.

Al final, terminaré ejercitando un poco de memoria-valoración desde México y la ENAH. No creo equivocarme si afirmo que la recepción de la obra de Ribeiro se proyectó en buena medida sobre México, y desde México

hacia América Latina. Algo tuvieron que ver las ediciones de las obras de Ribeiro a cargo de la SEP, Siglo XXI y Extemporáneos, pero también el gran circuito cultural del exilio latinoamericano. La Escuela Nacional de Antropología e Historia, merece armar memoria de ese múltiple decir a Ribeiro. Desde 1980, el pensamiento de Ribeiro ingresa a nuestra Escuela gracias a las cátedras de Miguel Angel Bartolomé y de Angel Cerutti, impartidas en la maestría y licenciatura de Antropología Social, respectivamente. Muchos otros maestros han retomado la discusión crítica de la vasta obra de Ribeiro. No es casual que la primera y segunda jornadas de antropología latinoamericana en homenaje en vida a nuestro Darcy, fueran cumplidas en la ENAH entre 1995 y 1996, por la iniciativa de jóvenes maestros de la licenciatura de Antropología Social y la colaboración entusiasta de **Cuadernos Americanos** y el Programa Universitario de Estudios Latinoamericanos (PUDEL) de la UNAM. Apelando al entusiasmo darciano que hoy nos convoca, demando retomar a escala ampliada la realización de una tercera jornada ribeiriana. Al igual que Guillermo Bonfil, Darcy Ribeiro, abogaba por mucha razón y por mucha utopía, aproximar a los antropólogos de Nuestra América. Gracias.

EL TÍO DARCY

Scott S. Robinson (UAM-Iztapalapa)

Estuve con Darcy en cuatro ocasiones de mayor trascendencia para mi vida profesional y personal. La primera vez fue casi espontánea sobre la presencia de los misioneros del Instituto Lingüístico de Verano (¿se acuerdan de aquellos?)¹, convocado fuera del programa en un salón barroco de la sede antigua de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en Lima, Perú, agosto de 1970 en el contexto de un Congreso de Americanistas. Darcy estaba sentado en un sillón de catedrático, junto con Ander Gunder Frank, con quien entablaba una discusión cada vez más fuerte y dramatizada, conforme seguían llegando los asistentes al salón, de piso y sillas de madera, crujiendo con el peso del público y sudando un tufo colonial, paradójicamente apropiado para nuestras dudas colectivas sobre la modernidad religiosa latinoamericana y las poblaciones indígenas afectadas. Al observarlo, me di cuenta que ajustaba su estilo retórico al público presente, ahora más nutrido, fijando su mirada fuerte hacia algunos pocos con su cara de niño travieso; su contrincante evidentemente más comprometido con la discusión sobre las causas del subdesarrollo, por supuesto, mostraba ser insensible al carisma provocador de Darcy. La sonoridad de sus fluidas ráfagas de frases con conceptos etiquetados y sintéticos en su propio dialecto portuñol claramente rebasaban a la capacidad histriónica del buen Gunder Frank, quien mostró allí su incomprensión sobre el comportamiento adecuado en materia de la razón y la retórica en un ambiente equivalente a la asamblea universitaria por excelencia. Una vez lleno el salón, repleto la verdad, de etnólogos y la colorida diversidad de la fauna humanística y sociocientífica de tales Congresos, Darcy decidió, sin pedir permiso, como era su costumbre, que llegó el momento de iniciar la discusión mayor, motivo de la convocatoria de semejantes masas de inquietos y analistas sociales enojados con los éxitos de otra década más del imperialismo gringo. De repente, Darcy interrumpe a Gunder Frank, diciendo en voz grave pero muy audible para todos: “Nao quiero su acuerdo, quiero su cariño...” Un grito de sorpresa y alegría, aplausos, ¡bravo! Darcy se adueña de todos nosotros. Me temo que Gunder Frank nunca supo qué pasó ahí....

Tuve el privilegio de acompañar a Darcy durante las dos semanas que duró la primera Reunión de Barbados en el campus de la Universidad de las Antillas, en enero de 1971. Acompañar es el verbo indicado para describir a una tertulia de antropólogos revisando el legajo del etnocidio

¹ Consulte la pagina del ILV en Internet: <www.sil.org>

latinoamericano, donde dominó la capacidad analítica de Darcy, sus dones para el debate y el razonamiento en caliente, para convencer a los que fuimos; de hecho su crítica y análisis sirvió como el eje conductor de la argumentación de la Declaración y el etnocidio documentado y difundido después. Me atrevería a decir que la tertulia continua entre Darcy y Guillermo Bonfil constituyó el eje de aquella reunión y el motor del ánimo crítico pero participativo de los integrantes de vuelta en sus respectivos escenarios nacionales. Darcy fue el estratega de la crítica a las iglesias, un llamado de atención audaz que fue asumida posteriormente por una tendencia de la iglesia católica latinoamericana con evidentes efectos ahora, años después. ¿Darcy lo preveía?

La tercera oportunidad aconteció en 1975, cuando Darcy me invitó a trabajar en su equipo del CENTRO, una instancia de investigación social apoyada por la OIT ofreciendo vía convenio sus servicios analíticos al SINAMOS (Sistema Nacional de Movilización Social) del gobierno de Velasco Alvarado en el Perú (1968-1975). Fue el puesto ideal para Darcy, porque le garantizaba acceso al más alto nivel de la política social de este gobierno autoconsiderado revolucionario en su momento, algo que le agradaba profundamente. Era el embajador brasileño de facto ante el estado peruano, un político exiliado y progresista, respetado y querido por funcionarios e intelectuales del Perú, un representante de la cultura política brasileira en exilio, esperando que pasara la pesadilla de la dictadura. Tres semanas después de llegar a Lima, me tocó mi primer golpe militar, y en el equipo de Darcy fuimos testigos de unas ricas discusiones analíticas sobre el por qué del golpe de un régimen desgastado, sus implicaciones para las políticas públicas peruanas y para este proyecto particular y consentido de la OIT. Por supuesto que las actividades del dichoso CENTRO fueron congeladas por el nuevo gobierno del general Morales Bermúdez y me dediqué durante cuatro meses a escuchar al maestro, al Tío Darcy como se autopresentó ante mis dos hijos pequeños. Darcy se dedicó aquellos días de espera a finales de 1975 para acabar su novela, **Maira**, y nos leía porciones en momentos álgidos de fiestas en su departamento de Miraflores, justo enfrente de donde los chilenos saquearon un lugar patriótico peruano casi un siglo antes. Era un hombre sabio, avuncular y cariñoso, no humilde ni modesto de carácter, más bien brillante, pícaro, a veces terco y siempre insólito en su capacidad de síntesis, su manera de encuadrar nuestra siempre resbalosa caracterización de la realidad peruana, andina y latinoamericana en general. Fue un militante cumplido en el ejercicio de la imaginación antropológica.

Hubo varias frases célebres acuñadas por Darcy en el calor de las tertulias de oficina y casa. Me las llevo en mi imaginaria desde entonces. Me dedicaba a la realización de documentales en aquellas fechas (y sigo con el oficio ahora), motivo de la invitación a echar andar producciones en el

CENTRO con Darcy, y casi sin darme cuenta, él se convirtió en maestro de cómo analizar las políticas comunicativas de instancias internacionales y de las políticas públicas de capacitación y comunicación para sectores sociales marginados del poder. Una frase en particular me sigue acompañando a flor de conciencia, pertinente a las discusiones contemporáneas sobre las nuevas tecnologías digitales. Decía Darcy: "América Latina e um cemeterio de tecnologías comunicativas", una frase preñada de implicaciones para los términos de referencia y presupuestos de muchos proyectos internacionales. Y durante una visita al CIESAS, aquí en México, en 1979, le filmé algunos comentarios sobre el mismo Instituto Lingüístico de Verano, iniciativa evangelizadora que él defendió, curiosamente, en distintos momentos. "Estados Unidos exuda una conciencia evangélica", decía a manera de resumir con tino un proceso histórico e ideológico complejo.

Darcy Ribeiro, *mineiro*, antropólogo, rector universitario, secretario de estado, escritor, condecorado por la Marina de Brasil, nacionalista, maestro de muchos, visionario, orador carismático, sobresaliente aportación brasileña al limitado acervo de grandes personajes latinoamericanistas. Mis hijos y yo te saludamos de nuevo.

REMEMBRANZA DE DARCY RIBEIRO A TRAVÉS DE SU OBRA.

Virginia Molina Ludy (CIESAS/CEAS)

Cuando uno es estudiante, la pasión que un maestro respetado tiene por la obra de algún colega, lo lleva a leer con sumo interés dicha obra. Esta fue la forma en que se empezaron a difundir entre los antropólogos mexicanos las obras de Darcy Ribeiro. En un seminario sobre la cuestión étnica en América, impartido por Guillermo Bonfil en el posgrado en Antropología de la Universidad Iberoamericana, el maestro, a quien sus alumnos reconocíamos por su inquietud en elaborar nuevas propuestas para entender viejos problemas, no dejó pasar la oportunidad de incluir en la discusión los libros de un autor admirado: **Fronteras indígenas de la civilización, Las Américas y la civilización y El proceso civilizatorio**, que recién se habían traducido al español en 1971.

Estas fueron las primeras obras de Darcy Ribeiro que se difundieron en México y, junto con **Configuraciones**, publicada un año después, fueron causa de muy polémicas reuniones de discusión. ¡Cómo no discutir las si, en la euforia posterior a 1968 se buscaba la utopía en cualquier lugar donde pudiera encontrarse!

Hasta 1968 la antropología mexicana, por motivos geográficos y geopolíticos estaba demasiado ligada a los enfoques norteamericanos. Del país del norte no sólo vinieron los profesores que, junto con sus alumnos mexicanos fundaron la escuela de antropología, también vinieron los antropólogos que realizaban la mayor parte de las investigaciones, los libros y revistas que formaban un gran porcentaje del acervo de las bibliotecas de antropología y los libros de la disciplina que se traducían y se publicaban aquí. Asimismo, los mexicanos que salían a estudiar al extranjero iban fundamentalmente a Estados Unidos y unos pocos a Francia.

Como efecto del movimiento estudiantil de 1968 surgió el desencanto frente a los enfoques culturalistas que guiaban a la investigación antropológica norteamericana en ese momento porque, entre los alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, se buscaban fuentes de explicación del futuro, inexistentes en dicha corriente de pensamiento. La evolución política y cultural tenía lugar privilegiado en la búsqueda de los posibles caminos propios para los pueblos latinoamericanos que, en ese entonces, ya no se consideraban como subdesarrollados o "en vías de desarrollo" sino clara y llanamente dependientes. Y aunque se rechazaban las versiones unilineales de evolución de la antropología clásica del siglo XIX, se revisaba la potencialidad de explicación del futuro en la versión de la evolución

multilineal de Julian Steward, que tampoco convencía. Lo que se escogió, casi como dogma, fue la interpretación evolutiva del marxismo, difundida en América Latina por cientos de textos que ofrecían versiones simplificadas para lectores no especializados.

En ese ambiente académico se conocieron en México las propuestas de un futuro propio para los pueblos americanos, contenidas en los libros de Darcy. Por primera vez un esquema evolucionista consideraba la especificidad de América Latina y, al mismo tiempo, tomaba en cuenta la diversidad entre los países, dada por los diferentes grupos étnicos que son base de su configuración histórico-cultural. En **El proceso civilizatorio**, el Darcy antropólogo, tomando los aportes fundamentales de la antropología y del marxismo, propone su propia concepción de la evolución social, dando énfasis a los imperativos que, a su juicio, intervienen en el desarrollo: el tecnológico, el social y el ideológico. Pero este no es un mero ejercicio académico, sino la búsqueda de proyectos que podrían responder a las condiciones y potencialidades de los diversos pueblos latinoamericanos.

Esta propuesta teórica se difundió ampliamente en el mundo académico, ya que la revista **Current Anthropology**, en ese entonces la principal de la antropología, dedicó el número 45 del vol. 11, en 1970 a lo que llamaba el **C.A Treatment**, que consistía en someter los ensayos que publicaba a una valoración crítica previa, a cargo de 20 o 25 antropólogos de diversas nacionalidades, elegidos entre quienes más interesados estaban en el tema. Las críticas eran enviadas al autor para redactar su réplica y todo lo anterior aparecía en el mismo número. También fue traducida a varios idiomas, con lo que amplió su difusión.

Para los mexicanos, verse reconocidos como algo más que simples pueblos dependientes, además de que esto lo hacía alguien como uno, un latinoamericano, quien se permitía hacer propuestas teóricas desde esta periferia, eran puntos adicionales para entusiasmarse por la obra de Darcy Ribeiro. Para los antropólogos de los setenta, era impensable omitir la lectura de la obra de Darcy Ribeiro, como debiera serlo para los más jóvenes.

Para cerrar sólo quiero mencionar la forma en que se conocieron Darcy Ribeiro y Guillermo Bonfil: fue a través de Cristina, la esposa de Guillermo, quien conoció a Darcy en un seminario sobre Museos y Educación, al que asistió en Río de Janeiro en 1958. Después del tradicional intercambio de tarjetas, en el siguiente viaje que hizo Darcy a México, visitó a Cristina en su casa y conoció a Guillermo, momento en el que se inició la profunda amistad entre ellos.

MEMORIAS DE DARCY

Alicia M. Barabas (Centro INAH Oaxaca)

Conocí a Darcy Ribeiro en 1970 durante el Congreso de Americanistas de Perú. Yo era entonces una antropóloga social recién licenciada, y éste era mi primer contacto con el mundo académico y la comunidad científica fuera de la Universidad de Buenos Aires. Darcy produjo en mí una profunda impresión, que no se ha borrado a través de los años, y ese encuentro fue en gran medida clave en mi elección de los senderos recorridos después. Era un conferencista polémico e innovador, inmediatamente carismático, que tenía la habilidad de captar a sus oyentes y encaminarlos, aún a sus oponentes, a comprender y aceptar sus argumentos y propuestas. Era ya, por otra parte, uno de los antropólogos latinoamericanos pioneros en intentar una comprensión sociocultural de alcance global, sobre los procesos de formación de América Latina. Sus ideas acerca del lugar y el papel que los indígenas habían ocupado en el ámbito sociopolítico latinoamericano, y su utopía de futuro acerca del espacio que ocuparían, cuando el potencial cultural y político de las etnias se reconstruyera en movimientos por la descolonización; eran como “agua de mayo” para los jóvenes antropólogos, no satisfechos con los estudios culturales deshumanizados y despolitizados que parecíamos condenados a realizar en nuestras universidades nacionales, con frecuencia militarmente intervenidas. Una nueva perspectiva se abría para quienes, como Darcy, pensábamos que los pueblos indígenas tenían el derecho y la capacidad de recobrar sus rostros y sus lugares en las sociedades contemporáneas. Tengo la certeza de que las ideas que Darcy comunicaba con tanta pasión, aunque no era él el único en pensarlas y difundirlas, influenciaron sutil o abiertamente las ideas y prácticas de muchos científicos sociales y politólogos, de las iglesias y de los pueblos indígenas. Esa década de los setenta vio nacer y resurgir movimientos y organizaciones indias en toda América.

Más tarde lo reencontré muchas veces y nos hicimos no sólo amigos, sino colegas que compartían algunas esperanzas y no pocos objetivos. La última vez fue en su casa en Copacabana en 1993, en ocasión de la tercera reunión del Grupo de Barbados, donde nos habló de tantos y tantos proyectos apenas terminados, que estaba concretando y que pensaba realizar en el futuro.

Una de sus señas era que no se daba por vencido. Como antropólogo conocía muy de cerca la terrible realidad que vivían los indios de selva, ante el acoso y exterminio realizado por los hacendados. Su compromiso existencial con los indios lo llevó a luchar largos años -junto con los hermanos Villas Boas-, hasta conseguir que el presidente creara una

demarcación territorial para los xinguanos; el Parque Indígena del Xingu, en 1952. Este modelo pionero sin duda ha sido un ejemplo para la ley de demarcaciones territoriales indígenas que aprobó la Constituyente del Brasil en años recientes.

Siempre comprometido también con el mejoramiento de las condiciones de vida de las culturas populares, se orientó a la transformación de los sistemas educativos brasileños. En 1960, sus ideas sobre una universidad autónoma, de conocimiento integral para el desarrollo nacional, dieron como resultado la creación de la Universidad Nacional de Brasilia; utopía por la que luchó durante años contra las posturas conservadoras dentro del gobierno. Nacida la nueva Universidad, Darcy fue nombrado ministro de educación del gobierno de Goulart, y más tarde exiliado por un gobierno militar.

Regresó al Brasil en 1975, enfermo de muerte: pero otra vez no se dio por vencido y sobrevivió para realizar, durante 22 años más, una enorme y diversa obra humana, y un tenaz aguijoneo desde la oposición política. ¿Cómo recordar al multifacético Darcy: antropólogo, educador, político, funcionario de gobierno y senador de un partido de oposición, novelista y amante de la diversidad de las culturas? Tal vez lo mejor sea recordarlo en sus propias palabras que sintetizan su vida (Revista Carta, 3,1994): “Soy un hombre de causas. Viví siempre pregonando y luchando por las causas que me conmueven, que son muchas; la sobrevivencia de los indios, la escolarización de los niños, la reforma agraria, el socialismo en libertad, la universidad necesaria. No conseguí muchas victorias en mis luchas, pero esto no importa. Horrible, hubiera sido haber quedado al lado de los que nos vencieron en esas batallas”.

San Felipe del Agua, Oaxaca

ROBERTO CARDOSO DE OLIVEIRA / PRESIDENTE

Instituto de Filosofia e Ciencias Humanas de UNICAMP

Rua Piawi 1114-22

02141 So Paulo, S. P.

BRASIL

Fax: (0192) 273 37 10 correo electrónico ceppac@guarany.cpd.unb.br

TERESA ROJAS RABIELA / SECRETARIA GENERAL

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en

Antropología Social (CIESAS)

Juárez 87, col. Tlalpan

14000 MÉXICO, D. F.

Tel. 655 60 10 Fax 655 55 76 correo electrónico ciejuare@servidor.unam.mx

JOSÉ MANUEL DEL VAL BLANCO / SECRETARIO TÉCNICO

Instituto Indigenista Interamericano

Av. De las Fuentes 106

Col. Jardines del Pedregal

MÉXICO, D. F.

Tel. 595 84 10 595 43 24 Fax: 668 22 13 correo electrónico josedelval@laneta.apc.urg

ERNESTO DÍAZ-COUDER / TESORERO

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en

Antropología Social (CIESAS)

Juárez 87, col. Tlalpan

14000 MÉXICO, D. F.

Tel. 655 60 10 Fax 655 55 76 correo electrónico ciejuare@servidor.unam.mx

LAUTARO NÚÑEZ ATENCIO / VICEPRESIDENTE CONO SUR

Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo de la Universidad Católica del Norte

Apartado postal Casilla 17

San Pedro de Atacama, Chile

Fax: 56-055-241724

CARLOS SERRANO / VICEPRESIDENTE MÉXICO, CENTRO AMÉRICA Y EL CARIBE

Instituto de Investigaciones Antropológicas

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

Ciudad Universitaria

MÉXICO, D. F.

Tel. 622 96 52 Fax: 622 96 51 correo electrónico cserrano@servidor.unam.mx

MYRIAM JIMENO SANTOYO / VICEPRESIDENTA COLOMBIA-VENEZUELA

Centro de Estudios Sociales

Universidad Nacional de Colombia

Apartado Aéreo 93720

BOGOTÁ, COLOMBIA

Tel. (571) 268 13 23 Fax: 222 57 37 correo electrónico mjimeno@bacata.usc.unal.edu.co

ROQUE BARROS LARAIA / VICEPRESIDENTE BRASIL

Shij Q1 15 Lonj 11 Casa 1

Lago Sul, Brasília

71635-310, D. F.

BRASIL

Fax: (061)274 53 62

SEGUNDO E. MORENO YÁÑEZ / VICEPRESIDENTE ÁREA ANDINA

Departamento de Antropología

Pontificia Universidad Católica

Apartado Postal 17.001.2184

QUITO, ECUADOR

Tel. (5932) 35 65 11 Fax: (593 2) 56 71 17